

HOMILÍA DEL SR. CARD. MARIO A. POLI

en Acción de Gracias por la beatificación de Mama Antula

Iglesia Catedral | 17 de Septiembre de 2016

En esas tardes apacibles y ardientes del verano santiagueño, entre algarrobales y bosques de piquillín y mistol, entre los silbos de la reina mora y el picahueso, la Palabra del Señor, como al profeta Jeremías, le llegó también a una joven criolla bautizada con el nombre de María Antonia: «Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno de tu madre y te envolviera en pañales; antes de que tu padre te alzara en brazos y tus hermanitos te festejaran en la cuna, yo te había consagrado» (Cfr. Jr1,4).

Y como un eco fiel al don recibido, a los quince años consagró con votos privados su corazón joven, su virginidad, su alegría y el deseo de servir solo a Dios y al prójimo la vida entera. Así se preparaba la señorita María Antonia Paz y Figueroa para obedecer la voz interior que le decía: «No digas: "Soy demasiado joven", porque irás donde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene» (Jr 1,6). Acaso fue en ese momento cuando confirmó su vocación bautismal; ella sería misionera y peregrina, y para que nada la detuviese en el camino, confió en la profecía: «No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte» (Jr 1,8). Cuando inicia esa larga y extenuante peregrinación por el interior de las provincias, tan convencida

estaba la virgen santiagueña de la compañía de su Señor, que luego escribirá en una de sus cartas: «Si algo debe sostener nuestro corazón, Él lo otorga, lo señala y lo conserva» (Carta al P. Gaspar Juárez, Buenos Aires, 16 de octubre de 1780).

La expulsión de los padres jesuitas desató en el corazón de María Antonia un fuerte deseo de continuar la obra evangelizadora de sus amados sacerdotes. No hizo cálculos mezquinos ni miró para atrás. Su entusiasmo era contagioso y la claridad de su ideal tan auténtico, que algunas jóvenes como ella no dudaron en sumarse a su proyecto evangelizador: recorrerían los pueblos para divulgar los Santos Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Estaba convencida de que ponerse al servicio de la organización de los Ejercicios era el mejor medio para que los hombres y mujeres de su tiempo se encontrasen con «el Señor que nos creó», y se reconociesen como miembros «de un pueblo que él apacienta» (Salmo 95, 6-7). Sin resistir a la atracción del Espíritu que la empujaba a caminar, esta hija predilecta de la Compañía de Jesús respondió generosamente al crisma que ungió su frente en el Bautismo y en la Confirmación. Como a los profetas errantes, ella reconoció que el Dios



El Card. Mario Poli bendiciendo la imagen de la beata Mama Antula

que la guiaba por los soledosos caminos del Virreinato colonial, también le había tocado los labios diciéndole: «Yo pongo mis palabras en tu boca» (Jr 1,9). Y sus cartas, sus numerosas cartas dejaron impresas las palabras buenas y sabias, que brotaban de un corazón enamorado del Evangelio de Jesús, que deseaba fuese conocido hasta el último rincón del territorio... Si le preguntamos a la Beata de los Ejercicios cómo fueron los comienzos de su peregrinación, ella misma responde: «Miserable que soy. No lo sé. Sin embargo la cosa es así. Además, si ustedes quieren que les instruya sobre cómo cuidar, estoy toda enamorada de la Providencia sobre mí indigna que soy, sepan que en penosos viajes, en los terruños tan malos, en los desiertos, obligada a pasar ríos, arroyos, siempre he caminado a pies desnudos, sin que nunca me pase nada adverso» (Carta al P. Gaspar Juárez, Córdoba del Tucumán, 6 de enero de 1778).

Así, acompañada con cuatro miembros de su beaterío y una sobrina, emprenden el largo camino hacia el Norte. Ella lo dice así: «Me dediqué a dejar mi retiro, y salir (aunque mujer y ruin) pero confiada en la divina providencia» (Córdoba, 6 de agosto de 1777. AGN, IX, 5.9.4). No confía solo en las fuerzas de su natural femenino, sino que Mama Antula, como San Pablo, sabe que «Dios nos da la audacia necesaria para anunciarles la Buena Nueva, en medio de un penoso combate» (Tes 2,2b). Las pruebas no tardaron en llegar, porque las primeras tandas de Ejercicios que organiza en Tucumán coincidieron con el año que fue suprimida la Compañía de Jesús. No obstante, no se ha puesto límites a su itinerario: «y después he de caminar para donde Dios fuese servido mientras me dure la vida, y si me fuera posible, andar todo el mundo». No obstante, ella no lo decide, pues «jamás doy un paso,

en este asunto de los Ejercicios –escribe–, sin entender primero que el Todopoderoso lo dispone» (Carta al P. Gaspar Juárez, septiembre de 1778).

Ahí va Mama Antula en salida, por esos caminos del siglo XVIII que ofrecen severas condiciones y peligros al tránsito humano. Pero quien los recorre en infatigables jornadas, demostrará la tenacidad de sus gestos proféticos, movida interiormente por una causa superior; dar a conocer la gran revelación de Jesús: «Como el Padre me amó, también yo los he amado ustedes» (Jn 15,9). Sí, quien peregrina es una mujer fuerte que no dudó en dejar la comodidad y seguridad de la casa paterna, porque se sintió tocada por el Evangelio que hoy proclamamos: «No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero» (Jn 15,16). Los proyectos de la Beata nacen de la escucha orante de la Palabra y en la intimidad que suscita la plegaria frecuente y devota: «Para decirles con toda confianza –nos dice en una de sus cartas–, **no hago un paso sin que el Señor me lo demande y que me conduzca sensiblemente por su mano**» (Carta al P. Gaspar Juárez, Córdoba en Tucumán, el 6 de enero de 1778). Y «si a mi Manuelito Jesús se le pone, ahí he de ir yo, y todo ha de sobrar». Confiando en el Dios que todo lo puede, vive de la providencia y la recibe como un milagro diario, porque todo lo provee a tiempo para los Ejercicios Espirituales, al igual que le alcanza para asistir a los pobres de la campaña y a los miserables presos, a los que se encarga

de visitar cada vez que ingresa a una ciudad. Su estilo de vida refleja su espiritualidad: se propuso actuar en el mundo que le salía al paso y decidió poner el amor más en las obras que en las palabras.

Una Cruz por bastón. ¡Miren! Es este mismo. Nunca pensé que un día podría decir: es este que hoy, y solo por hoy, uso de báculo. Equipaje liviano y austero para el camino, lo necesario para una peregrina que solo piensa en atraer a hombres y mujeres al encuentro con Dios. Con una personalidad suave y atrayente, y un modo de ser persuasivo y perseverante, dejó tendidos puentes espirituales, sembrando a lo largo de más de tres mil kilómetros recorridos, lo que ella llamaba los frutos «que dimanan de la inmensa, suave, y amabilísima misericordia del Altísimo» (Carta al P. Gaspar Juárez, Buenos Aires, octubre de 1780). La acompaña una bella y devota imagen de Nuestra Señora de los Dolores, a quien en la intimidad la llamaba «su Abadesa».

Después de difundir los Ejercicios Espirituales en su provincia, se dirigió a Jujuy, y luego pasó por Tucumán, Salta, Catamarca, La Rioja. En todos lados los beneficiados sumaron miles. Al llegar a Córdoba, los dos años que estuvo en la ciudad mediterránea, organizando gran número de tandas de ejercitantes, y la pasión que puso por levantar una casa para ese fin, parecían retenerla para siempre. Pero una moción interior la movió a venir a nosotros; así lo cuenta: «Me parece que Dios es el que me lleva como por la mano a Buenos Aires y quiere valerse allí de esta su indigna y miserable sierva».

Sabemos que los vecinos del puerto de la Santísima Trinidad de los Buenos Aires no la recibió como se merecía, y durante casi un año debió padecer la incompreensión y la negativa a sus deseos. Pero pudo más su perseverancia y mansedumbre, porque a poco de conocerla, las autoridades—el obispo y el virrey— y el pueblo todo, aprobaron y adhirieron a su apostolado primero, y se constituyeron en incondicionales benefactores de la construcción de la Santa Casa, después. Requerida estaba como lo señala en otra carta: «Encontrándome en esta ciudad, el obispo de nuestra tierra (Córdoba) me ha mandado a llamar, para que camine por las ciudades y pueblos con el fin de dar los ejercicios; pero teniendo tanto trabajo aquí, no he podido complacerlo, porque quedaría mucha gente sin concurrir a los ejercicios y no lograría el fin para el que el Señor me trajo» (Carta al P. Gaspar Juárez, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1781).

Viendo que María Antonia de San José se gastó y desgastó su vida entre los porteños por casi dos décadas, me pregunto: ¿cuál es la razón más profunda de haberse quedado

entre nosotros, cuando su condición de peregrina parecía no tener límites? Volviendo a la carta de los Tesalonicenses de nuestra liturgia, me di cuenta que Mama Antula imitó a San Pablo: «Sentíamos por ustedes tanto afecto, que deseábamos entregarles, no solamente la Buena Noticia de Dios, sino también nuestra propia vida: tan queridos llegaron a sernos» (Tes 2, 8).

Desde aquí peregrinó hacia el encuentro con Jesús. Y ahora, proclamada Bienaventurada por la Iglesia, en cada tanda de los Ejercicios Espirituales, donde se realicen y la veneren, estará la Beata de los Ejercicios muy presente, porque así como fue solícita para que nada material les faltara a los ejercitantes por más numerosos que fuesen, ahora intercede por todos para que desde la primera plática «Principio y fundamento», hasta la última—«Acerca de cómo alcanzar amor»—, Dios misericordioso se deje encontrar por aquellas almas que lo buscan de corazón.

¡Mama Antula: ruega por nosotros!

¡Mama Antula: ruega por nosotros!

¡Mama Antula: ruega por nosotros!